

Reflexiones, preguntas y desafíos a 40 años de la recuperación de la democracia en Argentina.

**Lic. Cristóbal Torre
Integrante del PEU Levanta la mano**

Algunas preguntas que pueden servir como disparadores y punto de partida para una reflexión en el año 2023 son: ¿En qué momento nos encontramos a 40 años de la recuperación de la democracia? ¿Qué democracia tenemos y cómo vivimos como sociedad en general? ¿En qué situación se encuentra el pueblo argentino respecto a los derechos humanos fundamentales y cómo intervenimos sobre los espacios comunes en función de generar condiciones que favorezcan a las mayorías y que se viva mejor? En definitiva, ¿Qué desafíos tenemos todavía 40 años después de la recuperación de la democracia en Argentina?

Y 40 años después, vivimos en un mundo en el que todas las opciones de futuro parecieran estar inevitablemente asociadas al aumento de las desigualdades sociales, al gerenciamiento de lo público, a la privatización de los asuntos comunes y al repliegue de los Estados a sus funciones básicas: la policial y la militar. En este marco, el capitalismo, que es el sistema dominante desde hace cientos de años, no solo es el único sistema económico que aparece como viable sino que, además, pareciera imposible imaginarle una alternativa. En este sentido, lo ejemplifica la famosa frase atribuida tanto a Slavoj Žižek como a Frederic Jameson: “Es más fácil imaginar que el mundo se termine por el choque de un meteorito que imaginar un cambio en el sistema económico que creó el propio humano”.

Se produce un agotamiento de lo nuevo y un fracaso en la construcción de futuro. Esto conlleva también al estancamiento y la esterilidad política. En este marco, todo parece ser una opción que ya se probó y no funcionó. Todo parece ser una opción vieja que no conduce a ningún cambio sustantivo. La participación, el involucramiento y el compromiso son reemplazados por una sensación de incertidumbre, de confusión y de inactividad por parte de las mayorías. Se produce una suerte de impotencia reflexiva en donde las personas somos conscientes de que las cosas andan mal, pero más aún somos conscientes de que no podemos hacer nada al respecto. Así, podemos ver como prima el desencanto, la insatisfacción en las personas y una sensación de separación cada vez más grande entre la dirigencia política y el pueblo. La sensación generalizada es que se discuten cuestiones que le importan solo a una porción pequeña de la población y que poco tienen que ver con la vida cotidiana de las grandes mayorías. Mientras tanto, aumenta la precarización, la desigualdad y el empeoramiento de la calidad de vida. Según informes de la Organización de las Naciones Unidas, el 10 % de

la población concentra más de la mitad de la riqueza mundial. Además, se produce alimento como para alimentar dos veces a la población del planeta tierra y sin embargo el hambre mundial alcanza casi el 10%.

En este contexto cada vez más complejo, emergen opciones políticas radicalizadas por derecha y de creciente insatisfacción con las instituciones democráticas que capitalizan estos descontentos. Así, el futuro se debate entre sociedades hipercontroladas, represivas, donde se exagera lo individual, la meritocracia y el «sálvese quien pueda»; y sociedades en las que lo colectivo se reactualiza bajo el principio de la equidad distributiva de lo simbólico y material, impulsado por proyectos emancipadores que replanteen la forma de vivir en beneficio de las mayorías. Entonces, ¿Dónde estamos parados a 40 años de la recuperación de la democracia en Argentina?

La democracia en Argentina debe constituir el punto de partida, la base de cualquier proyecto que se intente construir y proyectar. Es importante recordar permanentemente que la democracia es la plataforma desde donde comenzar cualquier interpretación de la realidad. Sin embargo, es igual de necesario reactualizarla permanentemente. No es el mismo contexto el que vivimos hoy que el que se vivía en 1983, en el 2001 o en el 2011. Las demandas de la sociedad no son las mismas. Y hay que entender a la democracia no como un concepto abstracto, etéreo, flotando en el aire sino como algo que se vive, que se pone en cuerpo, como algo experiencial que se hace carne permanentemente y que está todo el tiempo en disputa.

Actualmente, hay una deuda con el cumplimiento de derechos fundamentales: cada vez hay más pobreza, más desigualdad, más precarización laboral, mayores dificultades para acceder a una vivienda, mayor inestabilidad generalizada, etc. No hay que tener miedo de decirlo. Por el contrario, hay que reconocerlo para ser conscientes de los problemas y desafíos de nuestra época y cambiarlo. Y el cambio es con política y con participación ciudadana, desde los distintos lugares que cada uno quiera y pueda asumir.

En este sentido, a pesar de los discursos que puedan circular mediáticamente y que intentan socavar la importancia de los derechos humanos, los lazos sociales colaborativos, etc., resulta fundamental entender que los derechos se conquistan, se reclaman y se ejercen. Nadie nos regala derechos y una vez conquistados, no son de una vez y para siempre. La democracia no se plebiscita electoralmente por más que haya opciones que abiertamente atacan al sistema democrático y a sus instituciones. Pero si es importante entender que los tiempos que vienen van a requerir de una mayor participación ciudadana y del compromiso de todos y todas desde los distintos lugares que le toque a cada uno y cada una. Porque una democracia es tal en tanto existe plena

igualdad de condiciones para que todos los humanos puedan desarrollarse y realizarse y eso requiere compromiso, participación y solidaridad colectiva.

A un nivel macro, necesitamos reconstruir la capacidad de pensar futuros alternativos. Es imperioso que como sociedad volvamos a imaginar colectivamente qué tipo de mundo queremos y retomar la idea de que otros futuros son posibles. No sabemos bien cómo ni qué hay que hacer, pero debemos darnos la tarea colectiva de empezar a imaginar alternativas a lo que hay actualmente. No podemos resignarnos a esta forma de vida precarizada y cada vez más desigual. Por eso, mi intervención no es en un sentido negativo. Por el contrario, con esta exposición les propongo algunas líneas para reflexionar en torno a dónde estamos parados y para entender que tenemos en nuestras manos la capacidad de acción para que todo pueda ser mejor.

Pero la solución no es quitando derechos ni exterminando al que tenemos al lado porque piensa diferente. Al contrario, una forma de resolver esta situación mundial tan delicada es avanzar en la ampliación de derechos, en el reconocimiento de las nuevas demandas de la sociedad, en la generación de mayores espacios de participación popular en la toma de decisiones, entre otras cuestiones. La salida a este mundo individualista y cerrado en sí mismo es escuchando al otro, dialogando, generando consensos y participando, involucrándose para transformar la realidad.

En este marco, ustedes, los jóvenes, tienen un rol fundamental en el sentido de reclamar, proponer, organizarse y formar parte del impulso de cambios necesarios y urgentes. Habitualmente, desde el sentido común y los medios se trata a los jóvenes como seres incompletos, como una identidad meramente en transición a la adultez. Se los piensa como dueños de un tiempo que va a venir pero que no es este actual. Se dice que “los jóvenes van a ser el futuro de la sociedad...”. Van a ser, pero no son. Además, muchas veces se los romantiza: “los jóvenes van a cambiar el mundo...”. Y, al mismo tiempo, se los caracteriza como un problema social, como los responsables de la violencia, los transgresores del orden legítimo, y por ende, son objeto de la violencia institucional y mediática. También se dice que los jóvenes no participan, que están “en cualquiera” o que no les importa nada. Pero cuando se involucran, se les dice que no saben nada, que son “pibes”, que tienen que aprender, que actúan irresponsablemente, que no entienden, que les falta experiencia, que no están aptos para tomar decisiones, entre otras cosas. Esto es contradictorio y estigmatizante.

Se debe escuchar más a los jóvenes y fomentar espacios para que puedan expresarse y desarrollarse. Ellos son, muchas veces, la expresión de las nuevas dinámicas y sentidos que circulan y es normal –y está bien de algún modo que sea así– que se expresen de forma desordenada, caótica. Se les exige algo que ni los adultos

tienen la capacidad de resolver y llevar a cabo. El mundo no está como está por culpa de los jóvenes precisamente.

Espacios como el Modelo de Naciones Unidas de la Universidad Nacional de Quilmes muestran que las personas y, los jóvenes particularmente, si se sienten motivados y se les da lugar, participan activa y creativamente. En mi caso en particular, yo participé en Modelos de Naciones Unidas desde la escuela secundaria. Este tipo de actividades me permitió entender la importancia de ponerme en el lugar del otro, de tratar de pensar diferente a cómo yo tenía acostumbrado a pensar, a hacer el esfuerzo de tener que acordar con el otro, de escucharlo y entender que también tiene intereses y necesidades y que debíamos llegar a acuerdos en pos de un bienestar más general. Son espacios que me permitieron entender la importancia de la política como la herramienta transformadora de las realidades y que si uno se organiza colectivamente se pueden alcanzar objetivos mucho más ambiciosos que a los que uno podría aspirar de forma meramente individual. La participación en espacios como el Modelo de Naciones Unidas de la Universidad Nacional de Quilmes sirve para transformar(se). En este camino se transforman las trayectorias propias y las del otro.

Para finalizar, quisiera retomar la idea que plantean algunos autores de que en el sistema en el que vivimos la cultura privilegia lo presente y lo inmediato. Esto implica la anulación del largo plazo que se extiende tanto hacia atrás como hacia delante en el tiempo. Y, como consecuencia, el olvido se convierte en una estrategia de adaptación. En este contexto, resulta imprescindible mantener viva la memoria, reclamar por la verdad y luchar permanentemente por justicia. La cuestión se vuelve, entonces, en no adoptar el olvido, en no adaptarse, no aceptar lo inconmensurable y lo insensato sin hacer cuestionamientos. Se torna fundamental aportar en esta búsqueda de pensar futuros alternativos posibles para construir un presente que sea mejor para todos y todas. Como dijo Mark Fisher: “Nada es intrínsecamente político: la politización requiere de un agente político que transforme en un terreno de batalla lo que se da por descontado”.